

## CAPITULO CCXXIII.

Portugal.—Conducta seguida por varias potencias con este reino.—Prision del infante D. Duarte de Portugal.—Famosa conspiracion contra el nuevo Monarca.

VERIFICADA en Portugal la revolucion, como relatamos en uno de nuestros anteriores capitulos, jurado rey D. Juan IV solemnemente por la nacion reunida en córtes, trató el Monarca de legitimar lo hecho procurándose el reconocimiento de las potencias europeas, para lo cual comenzó por las enemigas de la casa reinante en la península, para que el acto de éstas encaminase el de las demas al mismo reconocimiento.

Los embajadores enviados á Francia fueron tan graciosamente acogidos por Luis XIII y Richelieu, como podía esperarse de quien habia contribuido tan activamente al levantamiento, celebrándose sin óbice alguno un tratado de alianza entre Portugal y Francia, puesto que á nadie mejor convenia que á esta potencia la desmembracion de los estados del rey de España, contra el cual sostenia tan larga y empenada campaña.

Inglaterra, Dinamarca y Suecia no perdieron ocasion de sostener un nuevo rey enemigo de la casa de Austria, y de abrir nuevos puertos á su comercio, reconociendo la legitimidad de la independencia de Portugal.

El deseo de conservar las conquistas que de colonias portuguesas habia hecho la república holandesa durante el tiempo de la dominacion española en Portugal, obligó á este Estado á buscar un término medio, esquivando la devolucion que pretendian los emisarios, y firmó una tregua por diez años, enviando á las aguas del Océano una escuadra que, en union con la francesa, persiguió la del rey Felipe.

A pesar de la oposicion que algunos portugueses hicieron previendo los resultados, se envió tambien á Roma una embajada con el fin de obtener el reconocimiento del Papa.

Estaba á la sazón representando á España cerca de la Santa Sede el marques de los Velez, repuesto ya de su desgracia, y que tenia á su lado á D. Juan Chumacero, hombre de gran valia y reputacion como diplomático, y ambos hicieron cuantos esfuerzos imaginarse pueda, primero para impedir la entrada en Roma de los emisarios portugueses y luego para que no fuesen recibidos, pues decian ellos que el duque de Braganza era un rebelde súbdito del rey de España, y que, entrando aquéllos en la capital, ellos no podían permanecer en ella.

El Papa escuchó estas razones, y en consecuencia se produjeron sangrientas escisiones que obligaron al embajador á salir de Roma mientras aquella tormenta pasaba.

Negóse el Pontífice á las instancias de unos y á las amenazas de otros, y los de Portugal hubieron de retirarse sin ser reconocidos despues de un año de inútiles súplicas.

Por contrarrestar la revolucion portuguesa, cayeron los ministros españoles en la indignidad de negociar con el emperador de Alemania la prision del príncipe D. Duarte, hermano de D. Juan, que, extraño á cuanto pasaba en su país, servía con gloria en el ejército del imperio como teniente general, mereciendo por su valor é inteligencia la buena fama de que gozaba, y no la ingrata debilidad del monarca á quien servía.

Pidieron los embajadores españoles en Viena la prision de don Duarte, bajo pretexto de que podía marchar á Portugal y dar grande apoyo á su hermano.

Negóse desde luego el Emperador á pagar con tanta ingratitud los servicios que de él habia recibido, y á tomar una medida tan contraria á la hospitalidad y tan injusta: defendíale con calor el archiduque Leopoldo y muchos otros personajes de la corte; pero fué tanto el empeño que los españoles pusieron, que al fin, olvidándose el Emperador de lo que á su propia dignidad debía, consintió en ello.

El inocente, benemérito y desgraciado Príncipe fué reducido á prision en Ratisbona, y conducido á Passau y Grats para entregarlo á los españoles, quienes le encerraron en la fortaleza de Milan, donde permaneció durante su vida, sin que pudiera lograr su hermano la libertad, á pesar de las ofertas que hizo para rescatarle, muriendo entre cadenas el noble D. Duarte que no habia cometido delito alguno.

En cuanto D. Juan ocupó el trono, como hombre previsora procuró afirmarse en él por todos los medios; fortificó á Lisboa y reparó las murallas de las demas plazas, alistó en el ejército á todos los hombres útiles para llevar las armas, excepto á los eclesiásticos, acopió pertrechos, é hizo, en fin, todos los aprestos de guerra, puesto que el ataque no se podía tardar, como en efecto no tardó, aunque no tan temible como podía esperarse.

Como los portugueses le habian elevado, gustosos cumplían sus disposiciones con alegría y presteza, adelantándose algunos á los deseos del Monarca.

Los de Castilla hicieron tambien sus preparativos, pero faltaban recursos y tino en la direccion: todo se habia agotado en la guerra de Cataluña.

Para remediar la falta de dinero llamóse á la corte á todos los hijosdalgo, y se les invitó á concurrir á la guerra con armas y caballos, á modo de la antigua usanza de Castilla, mas la mayor parte exigieron mercedes en cambio de su servicio, aunque algunos levantaron por su cuenta compañías, si bien éstos fueron escasos en número.

Reunióse al fin un pequeño ejército, cuyo mando entregó el Conde-duque al conde de Monterrey, que no tenia otro mérito que ser hermano de su esposa y compañero del ministro en galanteos y aventuras, y aún fué suerte el darle por maestre de campo á don Juan de Garay, y digo suerte, porque no fuera él, si no se negaran otros capitanes á acompañar á tal general, que llevaba ya en sí el poco amor que su pariente merecía.

Comenzóse la reconquista de Portugal con algunas correrías insignificantes sobre Olivenza y Elvas; despues se intentó el ataque de la primera de estas plazas, mas en tres asaltos y abierta brecha fueron rechazados los castellanos, con lo cual cobraron los portugueses grande ánimo.

Culpóse en la corte del mal resultado á Monterrey tan unánimemente, que á pesar de su parentesco con el favorito, tuvo que relevarle, nombrando para reemplazarle al marques de Rivas, conde de Santisteban, no más experimentado que aquél y que logró iguales resultados.

Al mismo tiempo obtenían triunfos los portugueses, que si bien no eran de resultados positivos, daban motivo á sus alardes y ánimo á sus tropas.

D. Martin Afonso de Melo, general de D. Juan, hizo una incursion con cuatro mil hombres sobre la villa de Valverde, donde se hallaba el capitán español D. Juan Tarrasa con ochocientos soldados, y aunque éste se defendió como bueno, el portugues se apoderó de la villa.

Con más encarnizamiento se peleaba por la parte de Galicia. Mandaba allí el marques de Tarrasa, quien pretendió atacar á Chaves, pero tuvo que retirarse sin conseguirlo: esta tentativa produjo tal irritacion en los habitantes de aquella frontera que, reuniéndose en número de tres mil, invadieron la Galicia, y recordando los tiempos bárbaros destruyeron más de cincuenta poblaciones y se entregaron á toda clase de violencias, especialmente con las mujeres.

En tanto los de Braga, Viana y Guimaraes, capitaneados por Gaston Coutino, arrojaron á los castellanos de algunas fortalezas que aún conservaban en territorio portugues.

Por la parte de Ciudad-Rodrigo mandaba el duque de Alba, y nada tampoco hizo digno de su nombre.

Al mismo tiempo que esto sucedia en el continente, todas las posesiones portuguesas se iban levantando conforme tenian noticia de lo ocurrido en Portugal, reconociendo, sin lucha, pues casi todas estaban gobernadas por portugueses, á Juan IV.

Recurrió el Conde-duque á la intriga, viendo que la fuerza de que podía disponer no era bastante para reconquistar el reino que se habia perdido, organizando una conspiracion á cuya cabeza se puso el arzobispo de Braga, favorito é íntimo amigo de la vi-reina de Portugal, á quien veía presa por sus mismos súbditos, y que no sin razon temía que su rival, el arzobispo de Lisboa, que gozaba de todo el favor del Rey, le comprendiera entre los pros-critos.

Manejóse con tanta habilidad, que pronto entraron en la conspiracion todos los descontentos del reino, entre ellos el marques de Villareal, á quien ofreció, en nombre de España, el vireinato, su hijo el duque de Caminha, el inquisidor general, el conde de Valde-Reys, el de Armamar, el hijo del conde de Castañeda, don Pedro de Meneses, el comisario de Cruzada y otros que habian tenido empleos con los españoles y no podían tenerlos entónces, como era natural.

El principal agente de la conjuracion era un hidalgo de mucho talento y gran travesura, muy á propósito para el caso, llamado D. Agustín Manuel, ayudado con no ménos ahinco por el judío Baeza, hombre rico, que habia servido en muchas ocasiones al conde-duque de Olivares y recibido de él en pago de sus favores, con universal escándalo, la orden de Cristo, enorme contrasentido en una persona que precisamente desconocia el santo objeto de la institucion.

Señalado estaba el día 5 de agosto para dar fuego por cuatro partes al palacio, asesinar al Rey, apoderarse de la Reina y sus hijas, y proclamar á la vireina, cuando quiso la suerte que el pliego en que lo avisaban al Conde-duque para que no faltase el apoyo de España, fuese á dar en manos del marques de Ayamonte, gobernador de una de las plazas de la frontera y pariente cercano de la reina de Portugal, quien se apresuró á enviarlo á D. Juan, con quien tenia secreta comunicacion.

Este reservóse por entónces, previno una revista de tropas en Lisboa para el día 5 de agosto y mandó llamar á consejo al arzobispo de Braga y al marques de Villareal, que, bien ajenos de lo que les esperaba, quedaron presos dentro del mismo palacio, desde donde fueron conducidos á las cárceles.

Prendióse tambien á los demas conjurados, formóseles proceso, por el cual se vino en conocimiento de todo, y fallada la causa salieron condenados á ser decapitados el marques de Villareal y su hijo; el judío Baeza y algunos otros á ser descuartizados, y el arzobispo de Braga y los que tenian carácter eclesiástico, á esperar en una prision la decision de la corte romana, falleciendo á poco.



J. SERRA, III.

La VIDAL, Omo 27

EL DUQUE DE MEDINACELI

## CAPITULO CCXXIV.

Conspiracion del duque de Medinasidonia. — Ridículo desafio. — Suplicio del marques de Ayamonte.

La impresion que produjo en Portugal el descubrimiento de la conspiracion anterior fué extraordinaria, aumentándose como es lógico la antipatía y el odio contra la corte española.

Antes de los sucesos de que hemos hablado en el capítulo anterior, es decir, antes de la conspiracion abortada ya hubo en Portugal otros conatos de rebelion, como lo prueban las prisiones verificadas con motivo de haberse ausentado con miras hostiles distintos caballeros castellanos que vivían en Lisboa, y algunos de los portugueses que eran partidarios de la dominacion española.

Procedióse con bastante rigor tanto contra las personas como contra los bienes de aquellos que se creyó estaban de acuerdo para promover desórdenes en sentido favorable á la anterior situacion, siendo de los que más padecieron por esta causa el marques de la Puebla y la familia de Diego Suarez.

Fray Antonio Seyner, del Orden de San Agustin, historiador de todos estos acontecimientos, fué tambien uno de los presos, y por lo tanto es necesario mirar con cierta prevencion su historia, pues natural es que el sentimiento y la pasion le hicieran presentar con tintas más fuertes la revolucion que acababa de verificarse en Portugal.

Tras de la conspiracion fracasada en el reino lusitano, otra de muy diversa índole se descubrió tambien en España, en la cual no se sabe qué admirar más, si lo descabellado é inícuo del pensamiento, ó la baja é indignidad de que hizo despues alarde para salvar su vida el héroe de ella.

El mismo marques de Ayamonte, el descubridor de la de Portugal, fué víctima en ésta de las armas que él había usado para descubrir la conspiracion que estuvo á punto de devolver á España el reino perdido.

D. Gaspar Alonso Perez de Guzman, duque de Medinasidonia, hermano de la nueva reina de Portugal, gobernaba á la sazón los reinos de la Andalucía á pesar de su parentesco, debido sin duda á que tambien era deudo del conde-duque de Olivares.

Tenia más ínfulas de soberano el de Medinasidonia que de capitán general y gobernador de una provincia, pero era hombre de más ambicion y vanidad que talento: sabía esto el marques de Ayamonte, su pariente, y queriendo aprovechar su ambicion para el engrandecimiento de los dos, concibió la idea de hacerle rey de Andalucía aprovechando la debilidad del gobierno español, que á la vez tenia que acudir á Portugal, Cataluña y los Países-Bajos, y contando con la proteccion de los reyes de Portugal, no sólo por su parentesco, sino tambien por reconocimiento al inmenso servicio que acababa de hacerles.

A fin de arreglar el plan, estableció el de Ayamonte correspondencia con el de Medinasidonia por medio de un tal Luis de Castilla, y á la vez para entenderse con el rey de Portugal, enviaron ambos á Lisboa á Fr. Nicolas de Velasco, religioso franciscano.

Hallábase á la sazón en aquella capital un español llamado Sancho, dependiente del duque de Medinasidonia y tesorero del ejército antes de la revolucion en calidad de prisionero, y por el gran favor que el fraile español gozaba en aquella corte, llegó á sospechar que fraguaba alguna intriga contra España.

Para averiguarlo, tomando por pretexto su dependencia del duque de Medinasidonia, presentóse al fraile, y enseñándole cartas que de aquél tenia, le suplicó que interpusiera su influencia para que se le devolviera la libertad.

Engañado el P. Velasco, hizo cuanto deseaba Sancho, consiguiendo su libertad, por lo cual se mostró tan reconocido, y logró inspirarle tanta confianza, que al marcharse á Andalucía le entregó para Ayamonte y Medinasidonia cartas en que les informaba del estado de su plan.

Sancho, en lugar de ir á Andalucía, marchó en derecha á Madrid, y entregó las cartas al Conde-duque.

Absorto quedó el de Olivares al leerlas, y dió inmediatamente cuenta de todo al Rey, quien dejó el fallo, como de costumbre, al arbitrio de su favorito.

Este escusó como pudo á su pariente, con quien acaso le ligaban otros compromisos, limitándose á ordenarle se presentase inmediatamente en la corte, y mandó, respecto al de Ayamonte, que le trajesen preso.

El presumido Medinasidonia, que había soñado ser rey, se echó á los pies de Felipe y le pidió perdon, limitándose el benigno Monarca á castigarle con la confiscacion de algunos de sus bienes y la obligacion de vivir en Madrid; mas el Conde-duque, con pretexto de justificar en público su inocencia, le comprometió á retar en duelo al duque de Branganza, por medio de carteles que extendió por toda España, y aún por toda Europa. Señalóse para verificar el duelo un llano de las cercanías de Valencia de Alcántara que sirve de limite y confin á los dos reinos, en el cual esperaba Medinasidonia por espacio de ochenta días, que debían comenzarse á contar desde el 1.º de octubre.

Notables y curiosos son varios párrafos del famoso cartel que con este motivo circuló y que transcribimos á continuación, para que pueda juzgarse de lo pueril é indigno de aquella farsa.

«Yo, D. Gaspar Alonso de Guzman, duque de Medinasidonia,

marques, conde y señor de San Lúcas de Barrameda, capitán general del mar Occéano, en las costas de Andalucía, y de los ejércitos en Portugal, gentil hombre de cámara de S. M. C., que Dios guarde: digo que, como es notorio á todo el mundo la traicion de D. Juan de Branganza, ántes duque, lo sea tambien la mala intencion con que ha querido manchar la casa de los Guzmanes...

«Mi principal disgusto es que su mujer sea de mi sangre, que siendo corrompida por la rebelion, deseo hacer ver al Rey, mi señor, lo mucho que estimo la satisfaccion que muestra tener de mi lealtad, y darla tambien en público...

«Por lo cual desafio al dicho D. Juan de Branganza, por haber falseado la fe á su Dios y al Rey, á un combate singular, cuerpo á cuerpo, con padrinos ó sin ellos, como él quisiere, y dejó á su voluntad el escoger las armas: el lugar será á cerca de Valencia de Alcántara, en la parte que sirve de limite á los dos reinos de Castilla y Portugal, adonde aguardaré ochenta días, que empezarán el primero de octubre y acabarán el diez y nueve de diciembre del mismo año: los últimos veinte días me hallaré en persona en la dicha villa de Valencia de Alcántara, y el día que me señalare le aguardaré en los límites. Doy este tiempo al tirano para que no tenga qué decir, y para que la mayor parte de los reinos de Europa sepan este desafio: con condicion que asegurará á los caballeros que yo le enviaré, una legua de terreno dentro del reino de Portugal, como yo aseguraré una legua dentro de Castilla á los que me enviare. Entónces le prometo hacerle conocer su infamia tocante la accion que ha cometido, que si falta á su obligacion de hidalgo... bien que no se atreverá á hallarse en este combate... ofrezco desde ahora, debajo del placer de S. M. C., que Dios guarde, á quien le matare, mi villa de San Lúcas de Barrameda, morada principal de los duques de Medinasidonia; y humillado á los pies de su dicha majestad, le pido que no me dé en esta ocasion el mando de sus ejércitos, por cuanto ha menester una prudencia y una moderacion que mi cólera no podría dictar en esta ocurrencia, permitiéndome solamente que le sirva en persona con mil caballos de mis vasallos para que, no apoyándose sino en mi ánimo, no solamente sirva para restaurar el Portugal y castigar este rebelde ó traerle muerto ó vivo á los pies de S. M. si rehusa el desafio; y para no olvidar nada de lo que mi celo pudiese, ofrezco una de las mejores villas de mi estado al primer gobernador ó capitán portugues que hubiese rendido alguna ciudad ó villa de la corona de Portugal que sea de alguna importancia para el servicio de S. M. C., quedando siempre poco satisfecho de lo que deseo hacer por su servicio, pues todo lo que tengo viene de él y de sus gloriosos predecesores. Fecha en Toledo á 19 del mes de setiembre de 1641.»

Y el duque de Medinasidonia fué, en efecto, acompañado del maestre de campo D. Juan de Garay á mantener su reto en Valencia de Alcántara, y esperó allí el tiempo prefijado, pasado el cual se retiró á Madrid muy satisfechos él y el de Olivares de la representacion de aquella necia farsa.

Cometióse con el de Ayamonte la felonía de ofrecerle el perdon si declaraba su crimen, y despues de confesado, condenarle á muerte, que él sufrió con notable valor.

Terminó de esta manera aquella conspiracion, en la cual el noble Duque sufrió el castigo por la denuncia que había hecho de la conspiracion anterior.

Triste idea podemos concebir del estado de un reino en el cual los grandes se atreven á pensar en convertirse en monarcas.

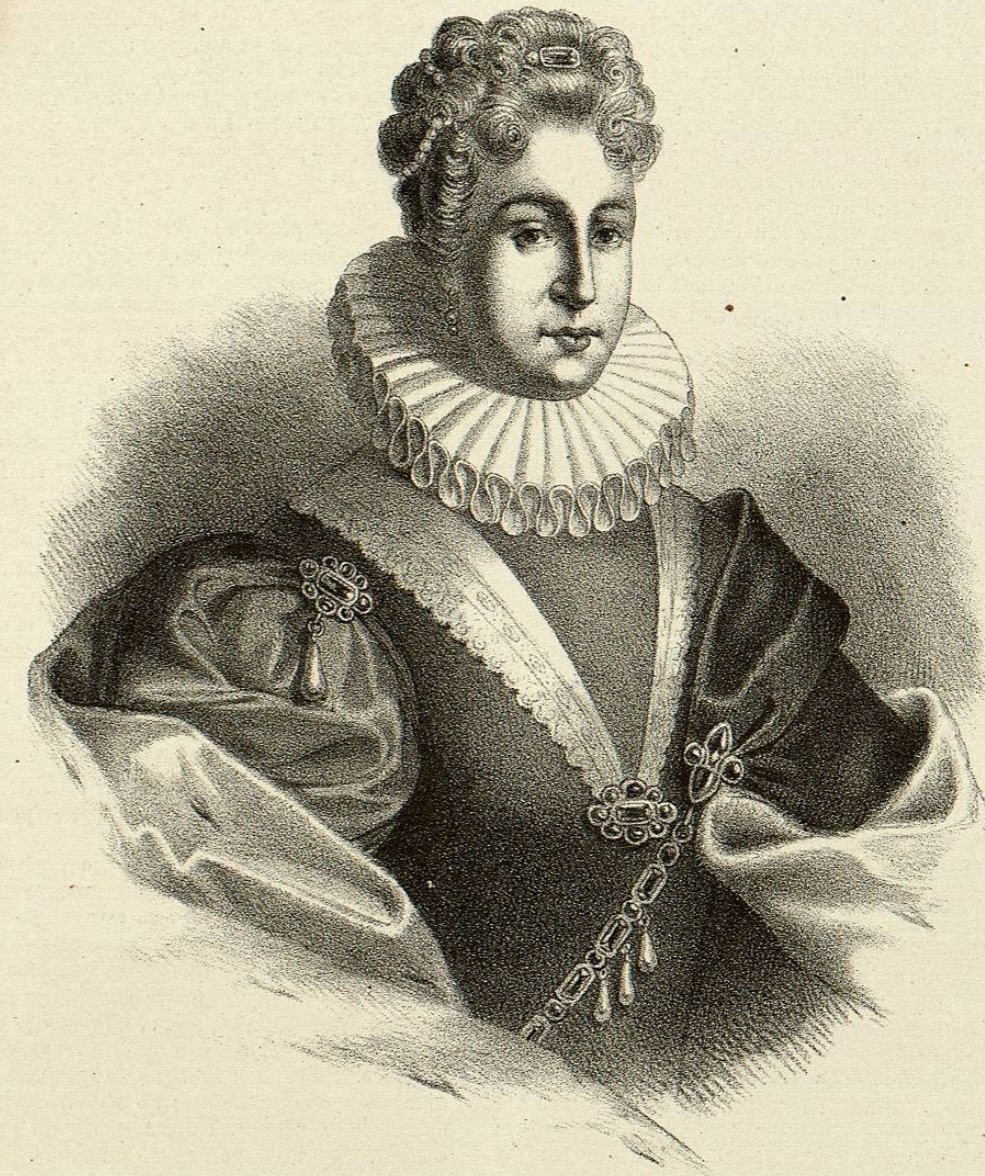
En el último periodo del año 1641 hubo de interrumpirse la guerra con Portugal á causa de las abundantes lluvias y nieves de aquel invierno, y al siguiente no se activaron mucho más las operaciones tampoco, pues bastante que hacer tenía España con las guerras de Cataluña y los países extranjeros, no pudiendo enviar á Portugal fuerzas suficientes para conquistarlo; así, pues, la guerra se hizo fronteriza, sufriendo por ambas partes devastaciones é incendios.

En cambio se prodigaban ambas naciones dictérios y denuestos por medio de escritos y de papeles en que se daban unos á otros los dictados mas denigrativos.

Mandaba por la parte de Galicia como capitán general de aquel reino el gran prior de Navarra, y cuando se preparaba á entrarse por la provincia de Tras-os-Montes, se le adelantaron los capitanes portugueses Melo Pereira y Tellez de Meneses, invadiendo la provincia española con cinco mil portugueses, y desolando el país por donde pasaron, volviéndose tranquilamente sin que el general español les inquietase ni detuviere, ya que no había tenido arte para impedirles la entrada por los desfiladeros que podía haber cubierto.

Felipe IV comprendió al fin que para reconquistar el Portugal necesitaba mayores esfuerzos que los verificados hasta entónces, por lo cual consultó á su consejo, en el que estuvieron todos acordados en que se necesitaba reunir un ejército poderoso para obtener un resultado satisfactorio.

Este recurso hubiera podido ser de buen éxito llevado á cabo ántes de que aquel reino pudiera contar con el apoyo de naciones poderosas é interesadas en amenguar la influencia de la casa de Austria, pero en las actuales circunstancias era ya tardío.



LA REINA DOÑA ISABEL DE BORBON.